



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 7.º | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Febrero 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

SUMARIO. Revista de Modas, por J. Palmaseda.—Traje para visita.—Vestido para teatro ó reunion.—Traje para niño de 1 á 3 años.—Vestido ruso para niño.—Traje de baile para señorita.—Traje para recibir en casa.—Paletot para jovencita.—Dos trajes para sociedad.—Vestido con echarpe de gasa.—Vestido con chal.—Vestido con túnica-frac.—Salida de teatro.—Fichú de encaje.—Pañuelo de punto en forma de capucha.—Prendido para sociedad.—Cofia para casa.—Trajes para niños: Vestido Princesa para niña.—Vestido-blusa para niña.—Trajecito para niño.—Vestido con biéses y echarpe para niña.—Vestido con

adorno de ruches y botoneitos para niña.—Puntillas de trencilla, crochet y calados.—Limpia-plumas.—LITERATURA: La Vicaria, por Manuel Juan Diana.—Los celos, soneto, por Isabel de Villamartin.—A... poesía, por Antonio F. Grilo.—A Carmina, poesía, por José Jackson Veyan.—La Cruz de piedra, por Adolfo R. Gamez.—Sor Magdalena, por José María Cuenca.—Marina, por Angela Grassi.—Charadas.—Usos y costumbres de sociedad.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

Los últimos ecos del bullucioso Carnaval resuenan todavía en el espacio y parecen prolongar el delirio de fiestas que desde primero de año viene agitando á la buena sociedad de la corte: los salones más aristocráticos, como los más modestos, han rivalizado en animación; los bailes de máscara, que en años anteriores no lograban reunir á la mejor sociedad, han obtenido este año tan señalada ventaja; escudados con la beneficencia ó con el carácter privado que impone el convite y discretas bromas, han contenido la licencia de la careta, y se ha visto en ellos unido el ingenio á la compostura; por fin, el tiempo, que nos ha otorgado días casi primaverales en mitad del invierno, ha permitido una concurrencia en los paseos, una exhibición de trajes, que ha venido á completar el risueño cuadro que pocas veces se admira en los meses de Enero y Febrero: de ordinario, cuando la animación se refugia en los salones, es porque no puede manifestarse en calles y paseos: este año la animación ha sido general en todas las clases y en todos los sitios.

El vestido Princesa, que por el momento tiene el dominio absoluto de la moda, se encuentra en todas las creaciones, desde el modesto vestido para casa, hecho en tela económica, hasta el espléndido vestido de boda, de baile ó de gran recepción. Su nombre indica su elevado carácter; su forma sencilla y majestuosa le pone fuera del dominio de las personas vulgares, y su espléndida cola compensa lo ceñido de la figura. Los tejidos ricos, como ya en otra ocasión hemos manifestado, son los que corresponden á tan severo traje, sin que por eso vayan á crear nuestras lectoras que un vestido fruncido no admite adornos, debiendo ostentarse liso como una bata de casa. Esta indicación importante tiene por causa haber oído á modistas de tan buen gusto como habilidad, que los vestidos Princesa no se generalizaban porque no admiten casi adorno, y traje he podido contemplar en esta forma, que no llevaba más que un ancho trenzado al borde inferior ó un plegado, asomando por entre los picos que terminaban la falda: éste es un error. Sin quitarle su mérito al traje Princesa enteramente liso, como le presentan nuestros grabados 6 y 12 del presente número, el traje Princesa admite echarpes encima con flecos ó con encajes sujetos por grandes la-



1 Y 2. TRAJE PARA VISITAS Y SALON.

1. Vestido y paletot.

2. Vestido con túnica y coraza.

zos, y aún en estos trajes severos se combinan perfectamente dos telas en la forma siguiente:

Supongamos una tela de terciopelo estampado, tela que goza de gran aceptación en París en estos momentos; color violeta y faya del mismo tono; el vestido, cuerpo y falda es de faya, y desde la abertura del cuerpo cuadrado baja un plaston de terciopelo que llega á mitad de falda, terminada por un fleco, y va á reunirse por detrás con dos grandes echarpes de faya lisa terminada por flecos;

en los cuartetos del Conservatorio y en los centros de la elegancia he podido ya admirar muchos con bridas de encaje. Como el raso vuelve á recobrar el favor perdido, emplearase mucho para los sombreros de primavera, combinado con el terciopelo liso, con el epinglé y con la gasa para sombreros de teatro.

Los fichús, sobre los vestidos de forma Princesa, son uno de esos accesorios distinguidos que no me cansaré de recomendar: los fichús María Antonieta, blancos ó ne-

otro segundo delantal de terciopelo sale de debajo del primero, repitiendo la misma disposición más baja por detrás, y desde aquí, ó sea desde el último lazo, la cola es postiza de terciopelo, siendo las mangas de igual tela. En este mismo número, los grab. 5 y 13 presentan echarpes de gasa y de encaje sobre vestidos Princesa; y terminaré diciendo que, en una boda aristocrática recientemente celebrada en París, la novia lucía vestido de raso blanco de la hechura citada, cortado á picos el borde de la falda y descansando éstos sobre un volante de encaje que se rizaba en los huecos de los picos, repitiéndose encajes en el cuello y en las mangas: el velo tradicional de encaje iba fijo de la cabeza por la corona de azahar, recogido hacia el hombro izquierdo por un grupo de azahar, y la otra punta bajaba á redondearse sobre la cola. El efecto del traje era una nube de encajes sobre un fondo de raso. Todas las asistentes, de la mejor sociedad parisien, lucían vestidos más ó menos ricos de la misma hechura.

Aunque los vestidos de esta forma sean los que figuran en primer término en el campo de la moda, no por eso las túnicas han perdido su importancia, y lo único que han hecho ha sido adquirir proporciones formando un vestido Princesa sobre una falda que casi se adivina. Así son todas las últimas que se han hecho: largas, largas que apenas permiten ver la falda más que por los costados, y cerradas por delante ó por detrás, con botones ó con lazos, derechas ó en biés, pero siempre elegantes: la túnica es prenda que se adapta tan bien con diferentes trajes, que se presta á utilizar tan variadas telas, que tardará todavía mucho tiempo en desaparecer del atavío femenino.

En sombreros aún se harán esperar las nuevas formas; pero en las conocidas se han hecho algunos muy lindos para el Carnaval. La capota va ganando terreno visiblemente, y

gros, que guarnecen el cuello y cruzan por delante para descender por detras sobre la falda, son lo supremo de la elegancia, acompañando la figura sin esconderla. Para salon y para teatro se llevan mucho en París, y en cuanto la estacion esté más avanzada, se llevarán para la calle, sobre todo las jóvenes, porque es prenda que armoniza con los pocos años y las figuras esbeltas. Es muy esencial en todas las personas vestirse segun su edad y posicion; pero en las jóvenes sobre todo; y como la parte de joyería es la más difícil de elegir para ellas, terminaré estos apuntes con algunas indicaciones al efecto.

La pedrería les está prohibida, como no sea chispas de brillantes, como toques de unos pendientes de argolla de oro bruñido ó de un medallon de esmalte azul ó negro. El oro mate tampoco es propio para las jóvenes, y en cambio en la joyería falsa, llamada *de capricho*, tienen objetos encantadores que lucir. Los collares Luis XV, de medallones guarnecidos de chispas de acero ó de turquesas, los terciopelos tachonados de medallones ó rosas de acero y piedras del Rhin, los diferentes *objetos*, no ya medallones ni cruces, que van pendientes en el centro del terciopelo de las mismas piedras, son adornos propios para la primera juventud: asimismo lo son los brazaletes simbólicos de siete asas ó de treinta, que indican los dias de la semana ó del mes, y en el mismo gusto se hacen pendientes ó joyas para el cuello: los brazaletes lisos, *porta-dicha*, se llevan siempre correspondiendo á los pendientes de argolla de oro liso.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJES PARA VISITAS Y SALON.

1. *Vestido y Paletot*.—Vestido de faya oscura adornado de plegados; el segundo en conchas ó zig-zag. Paletot de terciopelo, cerrado por delante con dos filas de botones, adornados el cuello, vueltas y bolsillos de piel de oso; las costuras de la espalda pueden llevar vivos de seda y ser entónces de seda los adornos, que así le presentará el número próximo. Manguito igual á la piel del abrigo; sombrero de castor con terciopelo y plumas, y por dentro ruche de encaje y grupo de rosas. (Patron del paletot, en Noviembre último.)

2. *Vestido con túnica y coraza*.—Es de poplin de Irlanda y seda del mismo color, adornado de plegados y cerrada la túnica en biés por delante: los plegados, de 5 á 8 cents. de ancho, alternan en las dos telas, y los vivos del cuerpo, plegados y lazos de la manga, son de seda. El número próximo ofrecerá tambien esta túnica por detras, para formar idea exacta de los recogidos.

3. VESTIDO PARA NIÑA DE 3 AÑOS.

(Patron: en el mes anterior.)

Hácese de piqué blanco, y se adorna de tiras bordadas á punto ruso con encarnado: segun nuestro modelo presenta, los delanteros cruzan á cerrar con dos carreras de botones, y el cinturón pasa por presillas que van en el costado, y se borda como el resto del adorno. Puede reemplazarse este cinturón por cinta ancha de faya.

4. VESTIDO RUSO PARA NIÑO.

(Patron de la blusa: en el pliego por el derecho, número II, figs. 6 á 10 del pantalon en el mes anterior.)

Este traje, siempre muy admitido para niños, se compone de pantalon y blusa con falda plegada, todo de paño azul marino, adornado de botones de nácar. El pantalon se corta por el patron ántes indicado, y se monta á una cintura con sus botones, que sujeta la blusa: ésta se corta por el patron indicado tambien; sobre el delantero derecho se pone una tira postiza para los botones; el bolsillo del pecho tiene 8 cents. de alto, y las mangas se francen del borde interior á un puño que cierra con botones y presillas: la falda de la blusa va plegada á una cintura que se abotona á la del pantalon, teniendo esta falda 25 cents. de largo por 280 de vuelo.

5 Y 6. DOS VESTIDOS PRINCESA.

(Patron: en el pliego por el revers, núm. VIII, figuras 24 á 28.)

5. *Vestido para baile*.—Es de seda gris, con las costuras viveadas, escotado en cuadro muy rasgado, y adornado en el bajo de la falda de un plegado, y un pequeño volante encima; un echarpe de encaje negro con gran fleco al borde inferior va sobre la falda, recogido con lazos, y otro encaje, con fleco más estrecho, forma la berta.

6. *Vestido para recibir*.—Puede ser este vestido de lana buena, de seda ó de terciopelo, y todas las costuras van viveadas de seda, cerrándola por delante tres carre-

ras de botones colocados en biés: mangas con botones y lazos de faya como la limosnera.

7. ESCLAVINA DE PUNTO.

(Materiales: 100 gramos de lana negra, agujas de madera.)

Esta esclavina, de lana negra fina, se hace con agujas gruesas; se humedece con agua de goma y se pone al bastidor hasta que se seque, lo que le da aspecto de un encaje de lana. Cualquiera de los tejidos de punto ofrecidos ya en El Correo sirve para esta labor, dándole forma por medio de un patron y menguando al principio y al fin de las vueltas. Cuando se tiene el fondo hecho de cualquiera de los puntos que se elijan, se alternan entredoses de dos clases, que se ejecutarán aparte y se unirán por una vuelta de punto ó de crochet. El encaje de punto que la guarnece se ejecuta aparte tambien, y por cualquiera de los modelos ya ofrecidos en este género.

8 Y 9. PALETOT PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego por el revers, núm. X, figuras 32 á 37.)

El croquis que acompaña al patron indica la manera de unir las piezas por las letras correspondientes, y los patrones dan las medidas exactas, marcando con puntos las desviaciones del delantero izquierdo, para que cierre torcido: el largo se modifica segun la estatura de la niña. El núm. 8 muestra el paletot de tricot, adornado de galones y botones de pasamanería, y el 9 de terciopelo con piel de lince, igual al manguito y boa. Sombrero *Timbal* ó *Toque*, con guarnicion de piel.

10. SALIDA DE TEATRO.

Ejecútanse estos pañuelos-chaes en tejido fino y al bastidor, y su forma es un pañuelo prolongado en chal con una capucha recogida con lazos. Nuestro modelo es rayado, con una raya mate y otra calada, guarneciéndolo el todo un entredos y un encaje, tambien de lana.

11. FICHÚ DE ENCAJE.

Los cuellos de tela con encaje ó entredoses calados se completan con un pequeño fichú de encaje anudado debajo: tienen la forma de un pequeño pañuelo, y su principal objeto es preservar los trajes de la grasa del pelo.

12 Á 16. TRAJES PARA SALON.

(Patron y descripcion de vestidos princesa: en el pliego de patrones núm. VIII, figs. 24 á 28.)

12. *Vestido princesa cerrado en biés*.—Es de tela brochada, azul claro, adornado de faya lisa en plegado y vueltas de cuello y manga. Gola de gasa al escote, grupos de rosas en el traje y el peinado; cordon rosa para el abanico.

12. *Vestido princesa escotado en cuadro*.—El escote debe marcarse sobre la misma persona al probar el vestido, que cierra por detras con ojetas y trencilla: el vestido es de faya lisa con entredos de encaje y lazos de cinta.

14. *Vestido princesa con echarpe*.—Es una reproduccion del núm. 5: el bajo del vestido lleva un plegado en conchas, y la túnica es un echarpe de gasa blanca tejida con plata, de 79 cents. de ancho por 250 de largo, adornado de entredoses, encajes y lazos del color del vestido.

15. *Vestido con chal de punto*.—Es de faya gris plata; el vestido con plegados, volantes y lazos, segun la disposicion que ofrece el grabado. Chal de encaje, para el que se tendrá presente lo dicho para el núm. 7: sólo que allí el tejido se dispone en semicírculo, y aquí en cuadrilongo, como un chal.

16. *Vestido con túnica-frac*.—No se ejecuta esta hechura más que en telas pesadas, y nuestro modelo es en poplin gris y terciopelo cereza, con falda de cola adornada de tres plegados y dos de cabeza, separados por ancho biés de terciopelo: la túnica, que cierra por delante con botones, se prolonga por detras en frac, y las vueltas triangulares son de terciopelo, como todo el delantal del vestido y el chaleco-chupa que sale por debajo del frac, rematando con fleco: los faldones ó aldetas son de un metro de largo, y van abiertos del centro como un frac.

17 Y 18. PUNTILLAS.

El núm. 17 muestra una puntilla hecha con trencilla cluny, unidas tres por calados hechos con aguja de coser. El dibujo explica la disposicion de la trencilla.

El núm. 18 es una puntilla de cinta de medallones y crochet, explicando tambien perfectamente el grabado la colocacion de los puntos.

19. PAÑUELO-CAPUCHA DE PUNTO.

La mitad de un pañuelo de punto ó tejido en bastidor formará esta capucha, cuyo lado largo, ó sea el biés, tiene 240 cents. y un doblez por el que se pasa una cinta de 4 cents. que riza la capucha al cuello: la punta se dispone en pliegues cosida á un biés de tul de armar, adornándola un lazo, y otro por detras sobre el frunce.

20. PRENDIDO PARA SOCIEDAD.

Es un retorcido de terciopelo con barbas de encaje flotantes, y adornado por delante de flor y grupo de plumas. Las barbas ó caídas pueden hacerse de encaje inglés por cualquiera de nuestros modelos.

21. COPIA PARA CASA.

Es un fondo prolongado de muselina, armado sobre un biés de tul, que se recoge por detras bajo un lazo y continúa en caída á rematar con otro: un plegado de encaje blanco sobre una cinta de seda azul la guarnece alrededor, y lazos de cinta ancha brochada la completan.

22. LIMPIA-PLUMAS-GATO.

El pliego de labores ofrece los patrones y explicacion de esta labor por el derecho, núm. VII, fig. 21.

23 Á 27. TRAJES PARA NIÑOS.

23 y 26. *Vestido princesa para niña*.—Estos dos grabados presentan el traje por delante y por detras con todas las costuras viveadas: en el primer grabado es de tela brochada, lana y seda, y en el segundo de terciopelo ó paño azul marino, con los vivos y el echarpe azul claro.

24. *Vestido-blusa para niña*.—Esta forma cómoda se prefiere por muchas madres al vestido princesa, sobre todo para trajes de diario: el que presenta el modelo es un cuerpo holgado, sujeto por la cintura de la falda y hecho en franela de cuadros de dos tonos con cinturón y corbata de terciopelo negro.

25. *Vestido para niño*.—(Patron en el mes anterior): El calzon y blusa son de paño marron, adornados de galones negros y botones de pasta: el cuello marinero va fijado por el adorno.

27. *Vestido princesa cerrado en biés*.—Es de poplin de un solo color: cierra torcido con tres carreras de botones y un plegado de la misma tela le guarnece alrededor, así como las vueltas y el bolsillo. Echarpe de seda del mismo color y sólo por detras.

JOAQUINA BALMASEDA.



LA VICARÍA.

Puede decirse que los *dichos* son la antesala del matrimonio, el primer paso en ese gran camino cubierto de espinas y sinsabores. Estamos mal con todos estos requisitos y preliminares; quisiéramos que la ceremonia se reasumiese á un solo acto, pues así se haría más llevadero el mal trago; obsérvese que, cuando vamos á tomar un medicamento que nos repugna, meneamos bien el vaso, cerramos los ojos y de una sola vez nos lo engullimos; si, cuando estamos en la mitad de la operacion, detuvieran nuestra mano y nos le hicieran paladear dos ó tres veces, ¿no nos sabría doble peor? Casémonos, pues, como suele decirse, de golpe y porrazo, y así pasaremos el susto de una vez. Al fin y al cabo, la ceremonia de los *dichos* se reduce á firmar los novios y los testigos una declaracion de que se quiere efectivamente contraer tal matrimonio. Cuando los contrayentes quieren excusar gastos, la ceremonia es en la misma Vicaría, adonde acuden con sus testigos. El vicario se queda sólo con la novia, á fin de explorar su voluntad; le pregunta si libre y espontáneamente va á dar su mano á tal sujeto.

—Si señor, con toda mi voluntad.

—Y ¿no viene usted violentada? ¿No se casa usted por efecto de alguna amenaza?

—No señor, ni yo necesito que me amenacen para casarme, contesta la joven con la mayor candidez; palabras que son una verdad en boca de todas las mujeres del mundo.

—Y ¿tiene usted hecho voto de castidad? sigue preguntando el padre vicario.

—No señor, replica la otra con la mayor viveza; y recordando una copla vulgar, repite por lo bajo: «¡En eso estaba pensando! por supuesto, sí señor.»

—En tal caso, firme Vd.

Y la joven firma como en un barbecho, con pulso seguro y ademan resuelto; aunque sepa escribir mal, aquella vez escribe bien, porque aquella firma es la que echa más á gusto en su vida; no así el pobre novio, que, falto de resuello y descolorido, mira dos ó tres veces la pluma. Si ésta es de ave, le hace pensar en dar un vuelo, y siente la imperfección del cuerpo humano, que carece de alas, requisito que no tendría precio en ocasiones como aquella. Al pobre hombre se le aglomeran entónces ante la vista el sin número de compromisos que le ligan y encadenan con la familia de la contrayente, con ella y con la sociedad; y al fin, exhalando un hondo suspiro, dobla la cerviz como un cordero y echa el garabato. Desde aquel momento ha labrado el primer eslabon de la pesada cadena que se echa al cuello.

Después toca firmar á los testigos; éstos van á la mesa con la risa en los labios, dando bromas picantes, que la novia oye con el mayor gusto y al novio le causan el mismo que si le rayaran las tripas. Si no son solteros, sirven de testigo de mejor grado, porque se echan la cuenta de que mal de muchos consuelo de casados; y si son solteros, asisten á la fiesta como el que ve los toros de balde, y repiten al final: por allá nos esperen muchos años.

Hay excepciones, sin embargo, respecto á los novios: los hay que firman alegres y rozagantes; pero no nos olvidemos de que hay gustos que merecen palos, y de que no hay nada escrito sobre gustos. También pudiera ser que los pocos que se hallan en este caso van allí atolondrados, sin saber lo que les pasa ni lo que les va á pasar más adelante, como el que ebrio de entusiasmo en el ardor de la pelea, se lanza al asalto de una brecha y deja en ella un brazo ó una pierna, cuya pérdida lamenta después toda su vida.

Pero el novio juicioso y reflexivo, que mide con la frialdad de un matemático la enorme carga que se echa encima, ése, por más que el amor ó la razón de estado le llevan á la Vicaría, sale de ella descolorido y meditabundo, se despide de los testigos maquinalmente, y anhela el momento de quedarse solo para debatir consigo mismo si volverá todavía la espalda al enemigo y dejará en blanco á la novia. En cuanto á ésta, se extraña y sorprende al ver que aquel día, que es para ella de fiesta y algazara, parece de luto para su prometido; quiere saber la causa, le interroga, y el pobre contesta que le duelen las muelas, la cabeza, ó que ha recibido una mala noticia de tal ó cual parte donde tiene parientes. Cualquiera de las tres cosas, sería para él una bicoca comparada con lo que le está pasando. Si la novia tiene madre, la rabia del novio se reconcentra toda en aquel punto, porque la madre, que después se llamará suegra, con perdón de ustedes, tiene la culpa de que las cosas hayan llegado á tal punto; ella fué la que, cuando todo se limitaba á pasear la calle, á dirigir al paso en el Prado alguna palabra galante, supo tender las redes de tal modo, que la cosa llegó hasta el ofrecimiento de casa y la entrada en ella. Lo que no era más que un pasatiempo y un galanteo sin ulteriores miras, supo ella convertirlo en un compromiso sagrado, porque enterada la vecindad y sus conocimientos de las relaciones de su hija, quedaría en una posición falsa y ridícula si no terminaba en boda aquel asunto. De unas cosas en otras, las distancias se fueron estrechando, y el pobre novio se vió sin salida decorosa; una vez llegado á tal punto, la ruina es inevitable; á la Vicaría á tomarse los dichos, y una vez tomados..... no hay remedio, tiene que pasarse al hecho. Y ¿qué es el hecho? Es el matrimonio, es decir, el infierno ó la gloria; el infeliz marido no sabe, en el acto de contraer tan sagrado vínculo, á cuál de estas dos partes estará destinado. Aquella mujer, que cuando era novia escondía cautelosa-mente las cualidades de su carácter y aparentaba la mansedumbre del cordero, se mostraba indiferente á las exigencias de la moda, á las diversiones, al lujo, desarrollaba después su programa, se muestra á los ojos de su marido tal como es ó quiere ser, exige sin consideración, ataca el presupuesto de su casa con la misma voracidad que un hombre público asalta el del Estado, y lo despilfarra en bagatelas, desatendiendo las cosas útiles; pide más, exige con imperio, acosa, atormenta al pobre marido, á quien subyuga y domina como á un niño; al pobre marido, con cuya honra ha hecho reír á la sociedad. El temor ó el cariño obligan al infeliz á buscar recursos; al pronto, quiere echar una contribución sobre sus amigos, crear papel-moneda, acudir á un empréstito forzoso, y por último dobla la cerviz á un usurero, que en pocos años acaba con su capital, con sus joyas, con sus muebles: la serpiente de la mujer se lo ha engullido todo, y pide más, y siempre más, y la casa arde en disensiones, y sabido es que son peores que las disensiones políticas las disensiones matrimoniales. Ni la misma Inquisición podría discurrir un tormento con peores condiciones, un

tormento moral de muchos, de muchísimos años, que sólo termina con la muerte. Recordadle á este desgraciado cualquiera cosa que traiga á su memoria el aciago día de su boda, y le vereis temblar: cuando encuentra en la calle á cualquiera de los que sirvieron de testigos, se estremece; los padrinos le asustan; no pasa jamás por el sitio fatal en que le echaron el lazo; y cuando alguno pronuncia delante de él la palabra *Vicaría*, acude con ambas manos á su cuello, creyendo que le estrangulan..... Doblemos la hoja: la mujer que hemos elegido es completamente el reverso de la medalla.

Aquel genio dulce, aquella bondad de carácter que descubría cuando novia, no era más que un síntoma, una gota del raudal de cariño que escondía en su corazón, y que sólo brota después de la boda, inundándonos de felicidad; para ella no hay más teatro ni más diversiones que su casa; hacendosa y económica, desconoce y desprecia las superfluidades del lujo; hasta tiene que obligarla su marido á que compre los modestos vestidos con que se ha de presentar á su lado en la calle. Su única aspiración, su único sueño es complacerle, agradarle; si el marido ha salido de casa, no necesita preguntarle cuándo volverá, porque conoce el ruido de sus pasos, y apenas suenan en la escalera, corre ella misma á recibirle, y hasta usurpa las veces al criado ó ayuda de cámara, recibiendo ella misma y colocando en su puesto la capa, el bastón ó el sombrero. Si está enfermo, la asistencia material que le presta equivale á la de cuatro personas; el cuidado y el interés que le prodiga es el mismo que una madre prodiga á sus hijos; ella está en todo, lo hace todo por su mano, desconfiando que los criados puedan hacerlo con la exactitud y precisión que encarga el facultativo. Los años no aminoran en ella estos cariñosos cuidados; al contrario, los aumentan, los multiplican, porque para esta mujer, tipo de la mujer cristiana, no hay más que dos cosas que absorben todo su ser: Dios en el cielo, su marido en la tierra. ¿Se cree que hemos pintado una fantasía? Se engaña el que lo piense; hay mujeres así, hay infinitas; busquémoslas, y después de encontrarlas, creémos que habíamos vivido hasta allí con la mitad de nuestro corazón, y que la otra mitad la encontramos en la *Vicaría*.

MANUEL JUAN DIANA.

LOS CELOS.

SONETO.

Suelto el cabello, que combate el viento;
Enhiesta la cerviz, la boca muda,
Blande el puñal de la sangrienta duda,
Cediendo airada á su feroz contento.

De herir espera el infernal momento
Entre las ansias de una lucha ruda;
Más no hallando enemigo que le acuda,
Lo finge en su exaltado pensamiento.

Sucumbe al fin en un letargo inerte
La víctima infelice de los celos;
Mas otra y otra vez á sus desvelos
Torna, escapando á su sopor de muerte,

Y al impulso fatal de sus recelos
Vuelve á luchar más denodada y fuerte.

ISABEL DE VILLAMARTIN.

A ***

Nunca te he visto, pero el alma mía
sabe que existe en tus divinos ojos
el rayo puro en que se enciende el día;
yo nunca he visto el cielo, y sé que el cielo
es bello cual la luz;

por eso sé lo hermosa que tú eres,
porque el cielo..... eres tú!

ANTONIO F. GRILO.

Á CARMINA

EN EL FELIZ NATALICIO DE NUESTRA HIJA.

Te sentías morir, y es que otra vida
Su sér hallaba en tí.

Llanto, angustia, dolor... ¡Cuál se parecen
El nacer y el morir!

¡Ay, con cuántos pesares se conquistan
La dicha y la virtud!...

¡Cada instante de vida es un Calvario,
Cada paso una cruz!

Crece el dolor y el llanto... Ya eres madre.
¡Respira, corazón!

Una niña... ¡otra mártir! ¡otra víctima
Del yugo del amor!

Ella es el ángel que une nuestras almas
Con lazo celestial.

¡Tengo que amar á dos, y sin embargo
Te adoro mucho más!

¡Qué misterioso encanto es el que siento
Que me hace tan feliz!...

¡Es la pasión de padre: la más pura
Que se ha albergado en mí!

Mírala cómo duerme entre tus brazos:
Bésala como yo.

¡No das por bien sufrido tu martirio
Si tal palma logró!

Tú una santa: ella un ángel: en mi dicha
¡Qué más puedo pedir?

Sólo ambiciono, Carmen, una cosa:
¡Que se parezca á tí!

Se aumenta mi cariño y mi esperanza:
¡Cuán dichosos los tres!...

Un ángel ha nacido en nuestro lecho;
Vivamos para él.

Le faltaba esta prueba imponderable
Al amor conyugal.

Nos faltaba esa cuna y esa niña:
¡Esa luz del hogar!

Ante el ara nupcial el sacerdote
Bendijo nuestra unión:

¡Fuimos esposos, sí, pero hasta ahora
No nos bendijo Dios!

Madrid, 10 Enero 1877.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

LA CRUZ DE PIEDRA.

(Conclusion.)

—Con la mayor eficacia, continuó la marquesa, la buscarás á su llegada, y ocultándote de su esposo, presentarás esta carta, que te servirá de credencial para introducirte á su presencia, y depositarás en ella este pequeño lío, que contiene una cantidad, como mi regalo de boda, pues hace poco se ha desposado con un tenor italiano; además, va la pequeña dote que su madre la reservaba, consistente en el producto de su escaso mobiliario, los papeles de su pertenencia, los retratos de sus padres y la pulsera que conoces; ella lo ignora todo, y ahora te toca jugar tu papel al descifrarle los enigmas que tú conoces, y que por completo van á quedar á tu alcance.

Di las gracias á la marquesa, me incauté de los efectos y el dinero que contenía el lío, y después de guardarlos y despedirla hasta el coche, volví á casa, pedí una luz y me encerré en mi habitación, advirtiéndole antes no estaba visible para nadie.

Una vez aislado frente al paquete, lo abrí y encontré, con efecto, dos envoltorios que contenían monedas de oro, un medallón de señora con el retrato del capitán de caballería y un rizo de pelo en el anverso, un pequeño cuadro con el retrato de Josefina, que acusaba haber sido en sus buenos tiempos tan hermosa como la pintaba mi amiga, la pulsera y varios pequeños legajos; uno de ellos estaba sujeto á la caja de la pulsera, de la cual estamos en antecedentes.

Era una especie de memoria de la estancia en Murcia y en la Fuensanta de Josefina, y de los últimos acontecimientos de la muerte del capitán en la fonda.

La leí toda. ¡Qué expresión tiene el verdadero sentimiento, tan sublime, para pintar el amor que sufre, la esperanza que anhela y la desgracia cuando se padece!...

Aquellos párrafos no tenían ni pretensiones, ni formas literarias; eran sólo el espejo donde se reproducían las sensaciones de una mujer enamorada que, al creer conseguir su felicidad, toca la desdicha.

Aquellos apuntes estaban escritos en frances; yo los traducí ávido siempre de encontrar la cita escrita en la tapia de la ermita; avanzaba, y desconfiaba de hallarla ya, cuando leí el siguiente período:

—Mi última visita fué á la pobre ermita que alguna vez recogiera mi suspiro de esperanzas; allí llegué con mi riguroso traje de luto y mi gran velo echado, excitando la curiosidad de aquel pobre guardian, que era tan desgraciado como yo, y el que no me reconoció á pesar de haber jugado tan de cerca en mis asuntos hacía ya muchos años; es verdad que á mí me costó trabajo identificarlo; pero su figura retenía todavía algunos rasgos de su vida pasada, por más que nadie los pudiera describir; ¡quién reconocería en él al antiguo criado de la marquesa de L., que se ensañó vengativo conmigo, después de



3. Vestido para niño de 1 á 3 años.

haber depositado en él mi confianza?... Al apartarme de aquel sitio para siempre, y queriendo dejar al ermitaño mi nombre, cuando ya no pudiera volver á verme más, apunté la fecha que suscribí, todo escrito en frances, y luego una exclamacion de amargura, que todo se lo revelaria el día que lo descubriera; mi amiga la marquesa de I. tal vez lo habria olvidado; yo, siendo testigo, aún lo recordaba."

No decia más relativo á las inscripciones; pero aquel final me hizo estremecer; á mi pesar descubrí un parecido muy acentuado entre la doncella, más bien confidenta de la marquesa que servidora, y aquel guardian envejecido de quien conservaba una reminiscencia exacta. Al formar un juicio aventurado me arrepentí de mi osadía; dejemos cumplir las palabras últimas que me dirigió aquel hombre: "Dios nos manda ocultar los secretos de la desgracia," prorumpí en mi interior, arrepentido de la idea que habia querido formular.

Mi curiosidad estaba satisfecha casi en la mayoría de sus aspiraciones; faltaba el epilogo, el cual iba á conocer tan luego visitara en Barcelona á la afamada tiple á quien habia de hacer entrega de mi depósito.

Así sucedió á los pocos días: tomé mis precauciones, y pude conseguir una entrevista á solas con la cantante, distinguida jóven en su figura, sus maneras y su talento artístico y social.

Le referí cuanto la marquesa me habia expresado para ella; entónces me confesó que no era un secreto su nacimiento; que de él tenia antecedentes por la directora de su colegio, y que se explicaba la proteccion de aquella señora, á quien estrecharia contra su corazon y la llamaria madre, al estampar un beso en su mano, si la sociedad no las separara de la manera que tiene establecida.

—Una cantante, decia con los ojos humedecidos, por más que sea honrada y buena, no puede alternar con una señora de sus blasones; pero por más que yo ahogue mis deseos, supeditados á las conveniencias de la sociedad, asegurad á esa señora que mi gratitud es tan inmensa como mi cariño, y que, si tengo alguna vez ajuste en Madrid, haré por probárselo de la manera que me sea posible.

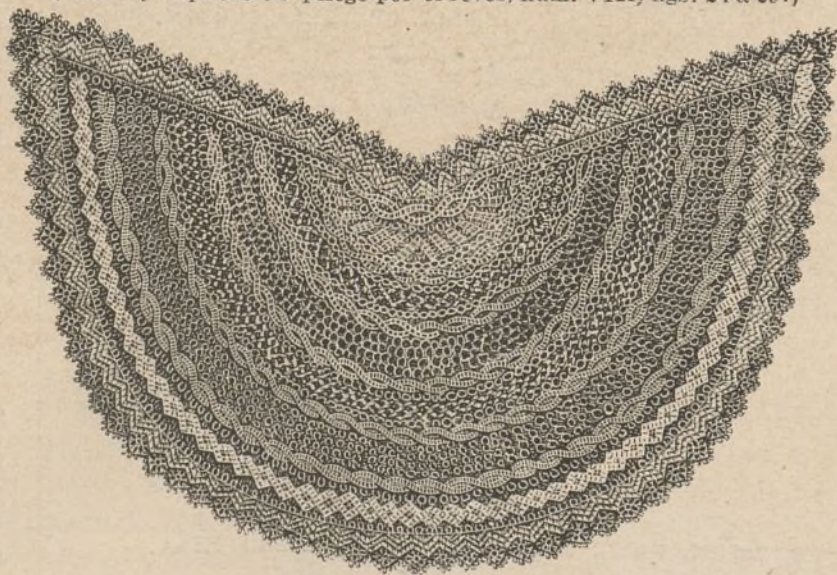
Despues registró el encargo; besó los dos retratos de los autores de sus dias; guardó los papeles y el dinero, y colocándose en la mano izquierda la pulsera, exclamó con acento triste, pero convincente:



5. Vestido para baile

(Patron y explicacion: pliego por el revers, núm. VIII, figs. 24 á 29.)

6. Vestido Princesa, para recibir.



7. Esclavina de punto. (Véase el núm. 15.)

—Jamás te separarás de mí; éste debe ser el misterioso talisman que mi madre me envia desde el cielo.

Me contó su historia, que yo la creia más vulgar, y nos despedimos despues de hacerme advertencias para mi amiga.

Algunas veces la he visto luego representar la *Norma*, *Sonámbula* y otras óperas que protagoniza á gran altura; y á pesar de que viste trajes adecuados á la obra, nunca deja de llevar en el brazo izquierdo la pulsera de cornalina, de la que pende la cruz, dando así pábulo á las conjeturas que el público forma sobre esta modesta y sencilla alhaja.

DOS PALABRAS MÁS.

El tiempo ha pasado, y siempre he guardado



4. Vestido ruso para niño. (Patron del pantalon: pliego por el derecho, núm. II, figs. 6 á 10.)

un recuerdo agradable de la aventura narrada en que fui actor auxiliar á última hora.

En una de mis últimas excursiones á Murcia, llegó á mi memoria todo esto, y me trasladé, una hermosa tarde de otoño, á la ermita de San Antonio el Pobre; no vi al ermitaño; aún se distinguia el letrero de la tapia; todavia respiraba allí la novela que me habian referido....

Despues me trasladé á la Cruz de Piedra, poco distante de tan agreste como encantador paraje; ascendí por su escarpada pendiente, y al ponerse el sol descubrí un horizonte limpio y despejado que no tiene rival.

Hay una mezcla severa en que contrasta la naturaleza con el infinito; hay una atraccion irresistible en aquel sitio á la meditacion filosófica.

Los muchos pueblos que bordan aquel valle, diseminados en un contorno de dos leguas próximamente, blanquean al lado de las manchas oscuras que forman los olivos, y hacen resaltar los hilos de agua que brillan con distintos colores por la refraccion natural de la luz que espira.

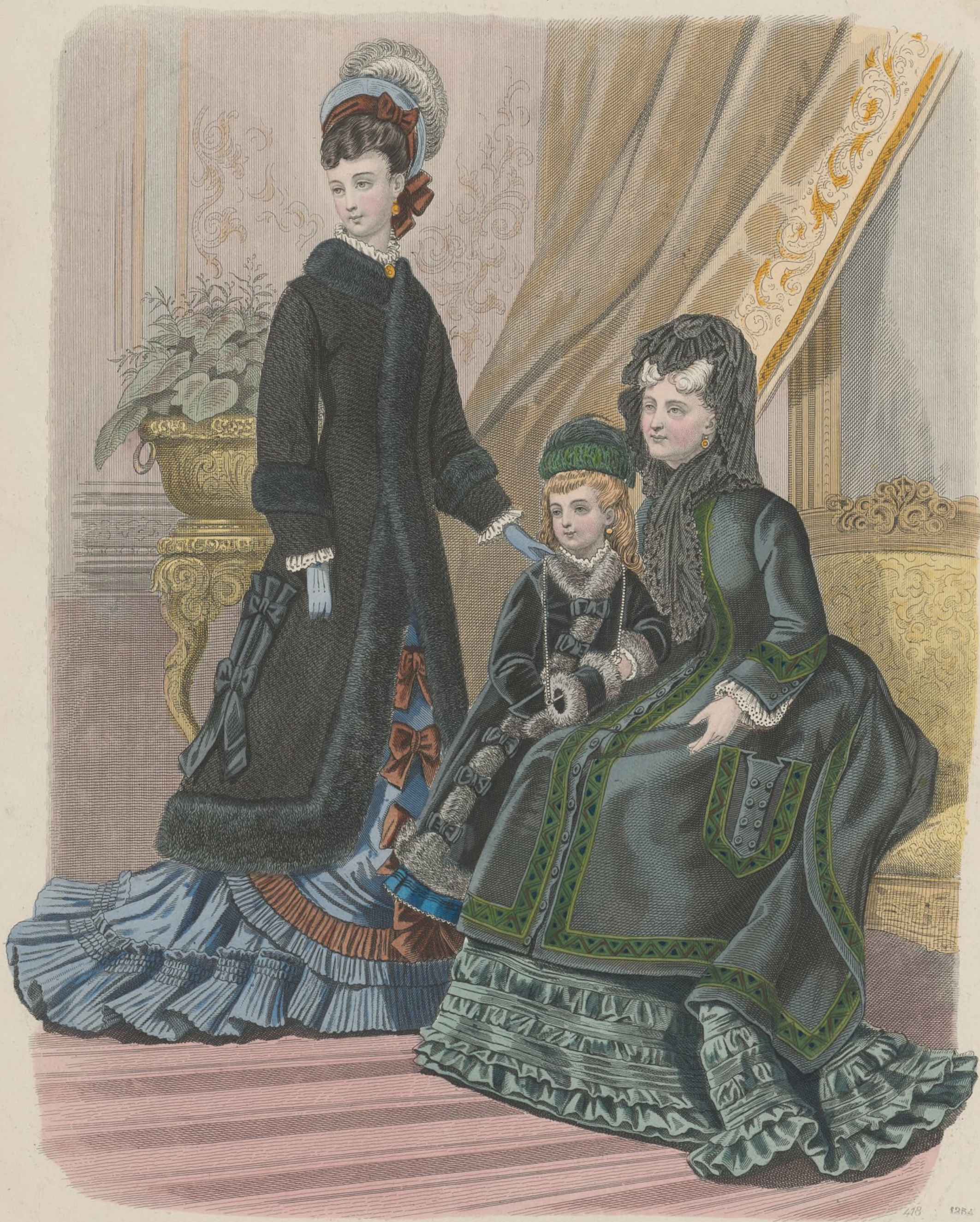
Allí se goza un momento; yo suspiré y elevé los ojos al cielo, concibiendo algo que no puede



8. Paletot para niña. (Véase el núm. 9.) Patron: pliego por el revers, núm. X, figs. 32 á 37)



9. Delantero del paletot núm. 8. (Patron: pliego por el revers, núm. X, figs. 32 á 37.)



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel 2^a, II Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

expres
desde e
ma una
lla cru
dra qu
los sus
perdid
esperan
zarse c

Exam
aun. P
medio
bre de
tiempo
y que
adios p
dad do
perdida
de su a

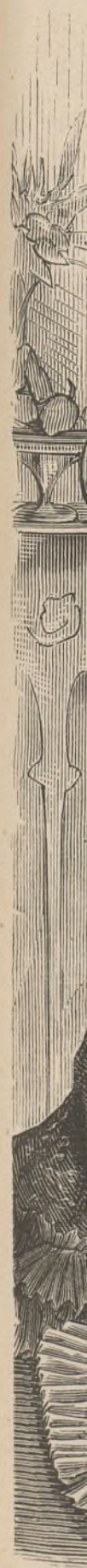
Allí,
dije el
gua que
do no
que be
de gran
obras

Ad
Madri

SOR

POR JO

Muc
le cost
vencer
en el
perver
ma y s
si en a
mento
tampon
victim
nia, y



expresarse, y elevando desde el fondo de mi alma una plegaria á aquella cruz, gigante de piedra que parece vigilar los suspiros que vagan perdidos en busca de la esperanza eterna al rozarse con la materia.

Examiné la tosca cruz; aún pude distinguir, medio borrado, el nombre de *Josephine*, que el tiempo no ha destruido, y que me recordó su adiós pasado á la ciudad donde dejó su alma perdida con la muerte de su amante.

Allí, por último, bendije el momento de tregua que da el dolor cuando nos tiraniza, para que bendigamos cuanto de grande encierran las obras del Altísimo.

ADOLFO R. GAMEZ.
Madrid.

SOR MAGDALENA.

NOVELA

POR JOSÉ MARÍA CUENCA.

(Continuacion.)

XII.

Muchas veces la leyó: le costaba trabajo convencerse de que existían en el mundo seres tan perversos como su prima y su aya. Al baron, si en aquel primer momento no le defendía, tampoco le acusaba. Era víctima de una calumnia, y nada más.



10. Salida de teatro.

11. Fichú de encaje.

Se dejó caer sobre un sillón, abatida, sin fuerzas y apoyando los codos sobre sus rodillas, oculto el rostro entre las manos. Con los ojos cerrados leía la carta, veía al baron huyendo de su lado, despreciándola. ¡El que le había creído su salvador, su ángel tutelar!

El ruido de una puerta que abrían la sacó de su meditación. Volvió la cabeza para ver quién entraba, y se levantó de repente indignada.

Era Julia, muy tranquila en la apariencia, que venía con el caritativo objeto de anunciar á su prima la partida del baron.

Laura por toda respuesta le dió la carta que tenía en la mano.

Julia la conoció sin leerla, y lanzando á su prima una mirada terrible, exclamó con acento amenazador:

—¿Quién te ha dado esta carta?

—El baron, respondió Laura.

—No es verdad; algún criado que has seducido, según acostumbrabas.

—Ha sido el baron, prosiguió Laura. Ha querido sin duda darme á conocer, antes de marcharse, lo que tengo que agradecerle, la guerra de salvajes que me haceis en esta casa.

—Di, guerra de mujeres, exclamó Laura fuera de sí. Los salvajes matan el cuerpo; nosotros matamos las



12. Vestido Princesa cerrado en biés.

13. Vestido Princesa con escote cuadrado.

14. Vestido Princesa con echarpe de gasa.

15. Vestido con chal de punto. (Véase el núm. 7.)

16. Vestido con tánica-frac.

(Patron y explicación para los diferentes vestidos: pliego por el revers, núm. VIII, figs. 24 á 28.)

ilusiones, el corazón, las esperanzas, y dejamos el alma para que sufra.

Laura se cubrió el rostro con las manos, sollozando.

—¡Dios mío, Dios mío! murmuró. Quisiera morir.

—Carlos era mi amor, mi vida, prosiguió Julia, cuya desesperación iba en aumento; era mi felicidad, y tú me la has robado. Te odio, te aborrezco tanto como le amo. Pero estoy vengada; jamás será tuyo. Te fingía amor por capricho, por vanidad, por añadir un guarismo más al número de tus conquistas; y un amor de esa especie á una jóven de su clase es una injuria.

Laura, vencida por tantas emociones, cayó al suelo desmayada.

Julia estuvo contemplándola algunos momentos, la mirada siniestra, sombrío el semblante; no sé si pensó dejarla morir.

Tiró por fin del cordón de la campanilla, y dijo con sequedad á la doncella que se presentó:

—La señorita Laura se ha puesto mala.

Y salió de la habitación dejando á su prima en el suelo todavía.

XIII.

Un mes después, el 31 de Mayo, á las diez de la noche, se efectuaba el casamiento de Laura de Sandoval con el señor conde de Blanca.

Los marqueses de Santa Pola desplegaron un lujo oriental: se hallaban en su elemento.

La grandiosa escalera del palacio estaba cubierta con una rica alfombra de terciopelo, elevándose á los lados un verdoso bosque de adelfas blancas y rosales, y en cada meseta una colosal estatua de mármol sostenía un candelabro de bronce dorado con bombas de colores, ostentando las armas de la casa.

Las antecámaras se veían pobladas de lacayos vestidos con ricas libreas; y á cada lado de la puerta que conducía á los salones, dos porteros de estrados levantando las cortinas anunciaban á los recién llegados.

Los salones presentaban un golpe de vista sorprendente.

Había uno con el techo y las paredes cubiertas de arabescos y mosaicos en un todo iguales á los del salón de las Dos-Hermanas del palacio de la Alhambra; grandes espejos, hábilmente colocados en los huecos de las ojivas ventanas, lo prolongaban de una manera fabulosa.

Había otro, todo forrado de brocatel púrpura y oro, y un gabinete dispuesto con sin igual coquetería, donde estaba la mesa para firmar los contratos matrimoniales.

Era un octógono vestido de raso color de rosa, con adornos azules y blancos. Ricas colgaduras de encaje de Inglaterra, recogidas con ramilletes de geráneos rosa y camelias azules, formaban la cornisa y caían en anchos y largos pabellones por las paredes, sembradas de flores de lis blancas y azules. Una puerta cubierta con una cortina de encaje forrada de raso rosa conducía á la capilla del palacio, donde esperaba el patriarca de las Indias para bendecir á los desposados.

Ángeles de mármol blanco, sobre pedestales de granito, sostenían lámparas de china azul, medio ocultas en canastillas de jazmines y rosas.

Los marqueses de Santa Pola habían invitado para presenciar la ceremonia á cuanto Madrid encerraba de más ilustre. Por do quiera que se volvía la cabeza no se veían más que rostros radiantes de felicidad, mujeres cubiertas de blondas, flores y piedras preciosas, y á los hombres mas eminentes del Estado.

A las once, la señorita Laura de Sandoval se llamaba ante Dios y ante los hombres condesa de Blanca.

Durante la ceremonia se murmuró mucho de aquella boda tan repentina. Se dijo que hacía justo un mes que se habían encontrado á Laura desmayada en su habitación; que después estuvo muy enferma, con delirios y convulsiones y que el desmayo y la enfermedad coincidían con la repentina ausencia del barón de San Andrés, con quien se sabía que estaba en relaciones. Se notó la extremada palidez de Laura y su traje descuidado: un vestido de faya blanca, sin adorno ninguno, un velo de tul y una corona de azahar; parecía una estatua de mármol que andaba por resorte. Hubo que preguntarla dos veces si quería por esposo al conde de Blanca, y la contestación más bien se adivinó que se oyó: piadosamente creyeron que habría dicho que sí, pero nadie se atrevió á asegurarlo. La marquesa de la Costa, que había estado en la capilla, muy inmediata al altar, afirmaba que sólo había oído un suspiro, que más se parecía á lamento ó á quejido que á sí.

Por la duquesa de San Claudio, que había tomado á su servicio la doncella de Laura, despedida por la marquesa de Santa Pola por sospecha de traición y llevar las cartas del barón, y que conservaba íntimas relaciones con algunos criados de la casa, se supo que en los últimos días Laura había sufrido muy malos tratamientos de parte de su tía y su prima, hasta el punto de suplicar por

Dios que la casaran con el conde de Blanca, á quien no amaba, sólo por salir del poder de su familia. Este era el motivo, según la opinión de la duquesa de San Claudio, de haber precipitado tanto la boda; tenían miedo sin duda que se volviese atrás; por eso no ha habido tiempo de mandarle traer un vestido de París, ni disponerle un ajuar como corresponde á su clase. Esto supone muchos deseos de echarla de casa.

Mientras tanto Laura se depojaba de su traje nupcial; no digo bien: dos doncellas vigiladas por la marquesa de Santa Pola y su hija Julia, desnudaban á Laura sus galas nupciales, como quien desnuda un maniquí, y la vestían un traje de camino.

Laura parecía insensible: hasta había necesidad de levantarla y bajarla los brazos para quitarle y ponerle los vestidos.

Un coche de camino tirado por cuatro magníficos caballos ingleses esperaba á los recién casados al pie de la escalera para conducirlos al Escorial, donde el conde de Blanca poseía un palacio. Allí pasarían dos días, y al tercero emprenderían un largo viaje por Francia, Italia y Alemania.

Las doncellas terminaron su cometido y salieron del tocador dejando la puerta abierta. En la habitación inmediata estaba el conde esperando á su esposa, acompañado del marqués de Santa Pola, el duque de Salices y otros muchos respetables señores sus amigos.

La marquesa, cuando advirtió que la podían ver desde fuera, se llevó repetidas veces el pañuelo á los ojos para enjugarse las lágrimas; Julia, dando señales de grandísima aflicción, abrazó á su prima y la besó en la frente.

Laura había contemplado impasible todas estas mudas manifestaciones de sentimiento; pero cuando sintió en su frente los labios de Julia se estremeció como si la hubieran aplicado una pila de Volta, entrando de repente en la realidad de la vida y comprendiendo su situación.

La marquesa le decía al mismo tiempo llorando:

—Tu esposo te espera, hija mía. Sé todo lo feliz que te deseo, condesa de Blanca....

Y Julia proseguía entre ahogados suspiros:

—No nos olvides, y ámame cuanto yo te amo....

—No, no os olvidaré jamás, exclamó Laura indignada, os debo mi desventura: Dios tenga piedad de mí, y de vosotras también, porque, si hay justicia en el cielo, habreis de sufrir un terrible castigo por vuestra hipocresía.

Y salió del tocador, y poco después de aquel palacio donde tan desgraciada había sido.

—Tiene razón su aya, dijo Julia riendo; siempre ha sido mi prima muy inclinada al romanticismo.... No sé por qué se queja.... Al lado de un señor tan grave y serio como el conde de Blanca, tiene ancho campo donde hacer ostentación de su majestad de reina... y lucir los magníficos aderezos que le ha regalado.... ¡Cuarenta mil duros sólo en brillantes!... Hay mujeres que nacen con mucha suerte.

La señorita Catalina no siguió á Laura; se quedó en el palacio, de dama de compañía de Julia.

(Se continuará.)

MARINA

POR

ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

A aquella misma hora un carro salía por una puerta excusada del castillo, llevando otra vez al triste Jorge. Guiábale un jovencillo. Era el más pequeño de los hijos del leñador, en cuya casa Jorge en su primera juventud había encontrado un asilo, y que ahora se había ofrecido gustoso á hacerle aquel nuevo sacrificio.

El carro marchaba con lentitud. La campiña estaba envuelta entre la opaca sombra; pero la luna bañaba con su luz clarísima las paredes del castillo. Jorge sintió que se despedazaba su alma. Allí dejaba quizás para siempre aquello que era el único bien de su vida!...

Otra vez, como ahora, había atravesado de noche aquella senda; pero entonces templaban su amargura las voces del amor y la amistad, que formaban concierto melodioso; entonces podía esperar aún algún instante de ventura.

Ahora estaba solo, era impotente para obrar y se hallaba á merced de un débil niño.

No es tan bella y seductora la jóven desposada á los ojos de su amante, como la muerte se ofrece á veces á los ojos del alma que ha perdido toda esperanza en este mundo. ¡Cuán grato nos parece el sepulcro con su calma y su silencio, cuando las tempestades morales agitan nuestro espíritu!

¡Dichosos los que espiran antes del naufragio! ¡Dichosos los que, tendidos en la hierba de la orilla, puedan reírse de los infelices que luchan con las olas irritadas?

¿Por qué tememos la muerte, si nos abre las puertas de la vida? ¿Por qué aborrecemos el eterno sueño que pone tregua á los pesares? ¡Dichosos los que duermen! ¡Dichosos los que mueren!

Cuando el carro dejó tras sí la colina que oculta á Sandomir, Jorge soltó un agudo grito y cerró los ojos, creyendo que iba á truncarse su existencia.

Su dolor era tan inmenso, que exclamó con voz sofocada:

—¡Dios mío, Dios mío, ten compasión de mí!... ¡Dios poderoso, acúdeme, sosténme en este horrible trance de mi vida ó haz que se entreabra para mí la callada sepultura!

Un estremecimiento convulsivo puso fin á estas exclamaciones: sus ojos se cerraron; cayó desplomado sobre su asiento y permaneció largo rato yerto é inmóvil como una estatua de mármol.

CAPÍTULO VII.

Era una tarde melancólica y triste, como lo son todas las tardes de otoño, y aquellas hojas que alfombraban por do quiera el camino; aquellos secos ramajes que se destacaban sobre un cielo ceniciento; aquellos turbidos riachuelos que corrían quejumbrosos por entre montones de arena, armonizaban perfectamente con el aspecto que ofrecía Moscov, más triste, si cabe, que el que presentaba á los ojos algún tiempo antes.

El hambre con su desmelenada cabellera, con sus fauces ensangrentadas, se cernía aún sobre la infeliz ciudad, blandiendo su destructora segur y llamando con siniestros alaridos á su fúnebre cortejo, compuesto de la andrajosa miseria, la negra desesperación, las ciegas lágrimas y la implacable muerte.

Aun las campanas de las iglesias permanecían mudas espectadoras del desastre, y ni lloraban por las almas que abandonaban el mundo, ni celebraban la venida de las que empezaban su triste peregrinación en el suelo, ni solemnizaban los eternos lazos que unen entre sí los corazones. Cual la naturaleza, cual el cielo, cual la helada sepultura, estaban inmóviles y mudas. Muda estaba también la ciudad de los reyes, y los magníficos palacios del Kremlin podían creerse los altivos cenotafios que decoran las ciudades de los muertos.

En el mismo espacioso salón que describimos antes, postrado en el mismo reclinatorio, y delante del mismo crucifijo, estaba el mismo hombre, en el cual nadie hubiera reconocido al árbitro de Rusia.

—¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo! decía macerando su cuerpo con el ensangrentado cilicio, ¡hasta cuándo no hablará en mi favor vuestra sin par misericordia! Pequé, lo confieso, pequé; pero ¿no he vertido aún bastantes lágrimas para borrar de vuestro eterno libro mis pecados?

Entonces la puertecita secreta se abrió, y Alejandra penetró silenciosamente en el aposento.

Cuando hubo llegado cerca de Boris, puso una mano en su espalda y dijo con voz vibrante:

—Basta, señor, basta de inútiles lamentos; el tiempo de obrar ha llegado. El peligro se acerca, la tempestad ruge sobre nuestra cabeza; apresuraos á conjurarla.

Boris fijó en ella sus ojos empañados por el llanto y las vigiliyas, y exclamó con desaliento:

—¿Qué nuevos males nos amenazan, agorera de desastres?

—Pero mi voz profética es como la de Casandra, dijo Alejandra sonriendo; siempre resuena en vano. No obstante, ahora el peligro es ya tan inminente que es preciso escucharla. Ven.

Boris se levantó y la siguió hasta la mesa, sobre la cual Alejandra arrojó varios papeles.

—Lee, lee, dijo Boris dejándose caer en su sillón, ó más bien refiéreme las noticias que contienen.

Alejandra fijó en el czar sus ojos, que despedían rayos, y respondió con tono siniestro:

—Años hace que, cuando aún no eras más que el hermano de la zarina, mandaste degollar secretamente á un tierno niño, al pequeño Dimitri, al último hijo de Ivan IV.

—¡Calla, calla! exclamó Boris abalanzándose hacia ella con los cabellos erizados; calla, miserable, si no quieres que el sol que se ha hundido en el ocaso haya sido el último de tu vida.

Alejandra se sonrió con altivo desden y repuso:

—¿Crees que soy yo sola la depositaria de ese secreto? Dimitri vive; Dimitri se ha escapado de Uglitch y se ha presentado en la corte de Polonia, cuyo soberano le promete prestarle su apoyo y derribarle del trono.

El poderoso Vichnertski, su hermano Constantino y Mnichek, voievodo de Sandomir, le colman de favores.

Dimitri ha pisado ya el suelo ruso, y de todas partes corren los aventureros á alistarse bajo sus banderas. Los cosacos zaporogas se han declarado por él, y el incendio se propaga con una furia terrible de un extremo á otro del imperio.

Boris no contestó. A las primeras palabras de Alejandra había caído anonadado otra vez sobre el sillón, y permanecía con los ojos fijos y el ademán azorado.

Alejandra prosiguió:

—No sólo Polonia; las cortes de Viena, Suecia, Berlin y Constantinopla se declaran en su favor y le brindan socorros de armas y dinero.

—¡Ay! exclamó Boris tímidamente; yo creía que esa fábula era pura invención de los boyardos, y que el cielo se había apiadado de mis ruegos.

—Eso es, repuso Alejandra con sarcasmo; llora, llora, macera tu cuerpo con el cilicio y la penitencia; el hambriento pueblo por el cual imploras la clemencia eterna, sigue á bandadas el humilde carro de un hombre que, cual los apóstoles de los primitivos tiempos, le enajena y transporta con el fuego de su palabra. Cuantos logran oírle se transforman en sus prosélitos, y al eco de su potente voz olvidan el hambre, desprecian los tormentos y la muerte.

Y ¿sabes cuál es el nombre que invoca, la bandera que agita? El nombre de Dimitri y la enseña de la libertad!

Desde la frontera hasta Moscov todas las ciudades se han rendido al encanto poderoso de su elocuencia; en todas las ciudades, desde la frontera hasta Moscov, ondea la bandera de Dimitri y se arrastra entre el polvo tu bandera!

Ese hombre es un pobre mutilado, viaja en un grosero carro, tiene por único guía á un débil niño, y sin embargo, le sigue una inmensa multitud que recoge ávidamente sus palabras y las trasmite á los más lejanos confines, llena de fervor entusiasmo.

—Pero ¿quién es ese hombre? exclamó Boris arrebatado de furor, ¿quién es? ¿Qué hacen mis soldados que no le cortan la atrevida lengua y no arrastran su sangriento cadáver á mis plantas!

—Rezan, dijo tranquilamente Alejandra encogiéndose de hombros.

Boris, en el acceso de su furor, cogió su espada, que estaba colgada de la pared, y quiso arrojarla sobre aquella mujer, cuyo sarcasmo le hería más que los desdenes de la suerte; pero se contuvo, y empezó á pasearse rápidamente por el aposento.

—¡Todos traidores! exclamaba con amargura; ¡cómo! un hombre que viaja públicamente, que públicamente perora, ¿no podía ser detenido antes que ocasionara tal desorden?

—¿Crees tan fácil apoderarse de quien tiene á la muchedumbre por esclava?

—Y ¿antes de haberla seducido?

—Basta un solo traidor para conseguirlo. ¿No te pedí la cabeza del príncipe Pojarski y me la negaste, á pesar de que ya habías firmado su sentencia?

Boris fijó sus ojos en el cielo, y su mirada revelaba el más profundo desaliento.

La única vez que había luchado y había sido vencedor de sí mismo, era la que había abierto las puertas á su ruina.

—¡Luego Dios no es justo! murmuró en voz baja.

¡Ah! el infeliz no sabía que no basta una sola acción buena para borrar infinitas maldades, y que á veces el cielo castiga porque está próximo á perdonar.

—Volemos, gritó de pronto; ¿dónde están mis soldados, mis nobles? que vengan todos y vean á su señor dispuesto á hacerse respetar y á castigar á los rebeldes... No más expiación, no más templanza... Suenen los clarines, atruene el aire los atabales, y su ruido interrumpa este silencio de la muerte. ¡Ah! ya que el hambre y la miseria siegan las cabezas de mis vasallos, el verdugo vendrá en mi auxilio, y en breve el suelo de Rusia se verá cubierto tan sólo de cadáveres.

Boris, al hablar así, se había ceñido con febril impaciencia la espada.

—Por Dios, que me causas risa y compasión, czar mío, exclamó Alejandra: ¿adónde vas? ¿qué intentas?

—¿No lo has dicho tú misma? ¡A exterminar á los rebeldes!

—Pero el hombre de quien te hablo ha conquistado los corazones; su influjo es moral, y morales deben ser los medios que emplees para combatirle. Deja reposar en su vaina la espada. Siéntate, y examinemos juntos esos papeles. Mira; hé aquí los diferentes partes de los gobernadores de las ciudades que se han presentado en rebelión. Ni un soldado ha quedado en ellas á tu favor, ni uno solo.

—¿Qué es, pues, lo que debo hacer?

—El pueblo te llama Boris el piadoso; cualquiera violencia ahora de tu parte aumentaría su exasperación: cargue, pues, otro con la responsabilidad de tu severa justicia. Pero es inútil persuadirte, porque rechazarás, como siempre, mis consejos.

El peligro era inminente, como lo acreditaban los documentos esparcidos sobre la mesa.

Sin embargo, como el náufrago que se agarra á la más frágil rama, Boris, en medio de su espanto, se acogió á una débil esperanza.

—Ese hombre es un impostor, exclamó; es imposible que Dimitri exista: ¿quién puede atestiguar que existe?

Alejandra repuso:

—Un gentilhombre del príncipe Sapika, llamado Pietrovski, y otra persona respetable, que se hallaban en Sandomir á la llegada del fugitivo, fueron consultadas por el príncipe Visniorveski, cuñado de Mnichek, en atención á haber pasado un año en Uglitch junto al niño Dimitri, y ambos juraron que era el hijo de Ivan IV.

Parece verdaderamente que la suerte, queriendo hacer inútil tu crimen, le haya marcado físicamente de un modo tan particular que fuese imposible algún día dejar de reconocerle. Una señal muy visible en la frente, una verruga, un brazo más corto que el otro, son señas demasiado notables y extrañas en su conjunto para que nadie pueda dudar de la identidad de su persona. Posees además una joya misteriosa....

—¡Sí! exclamó Boris con tono sombrío; Ivan se la puso al cuello delante de mí cuando estaba ya próximo á la muerte. ¿En qué pensaría Ivan al ponersela? ¿Es que, á favor de la luz que despiende el sepulcro, leía en lo porvenir, leía en mi corazón perverso y desleal?... Y yo, ¿cómo, al ordenar el asesinato del príncipe, al combinar tan escrupulosamente mi plan hasta en sus menores detalles, no me acordé de la joya?... ¡Dios, que pone una venda en los ojos del criminal para que jamás quede impune su delito!....

Y al murmurar estas palabras, el culpable volvió á caer en una abstracción triste y profunda.

—Bien, dijo Alejandra; complácete en tus filosóficas reflexiones; pero, entre tanto, oye lo que dijo al príncipe el rey de Polonia cuando Mnichek le presentó en su corte:

—Dios os guarde, Dimitri. En virtud de las incontables pruebas que nos han dado de vuestro nacimiento, os reconocemos por príncipe legítimo de Moscovia y os prometemos protección y ayuda.

Y en el mismo día le asignó una pensión de 40.000 florines.

Boris levantó la cabeza y fijó en aquella implacable mujer sus aterrados ojos.

—¡Conque todo está perdido! exclamó con voz sorda. El Juez Supremo ha hablado, y es preciso resignarse ¿Y mis inocentes hijos? ¡ay, desventurados!

—No, todo no está perdido, dijo Alejandra con voz breve y resuelto tono. Animo, Boris, vuelve en tí: no te dejes abatir por las contrariedades como una débil y pusilánime mujer. Tú mismo has evocado el recuerdo de tus hijos, y deber tuyo es defender su vida, defender el trono que es su legítima herencia. Escucha: escúchame te ruego, y no divagues.

Has expedido un decreto mandando hacer públicas rogativas para conjurar la cólera del cielo; has ofrecido ir á esa ceremonia religiosa con el hábito de penitente; y ¿qué diría el mundo? ¿qué dirían tus vasallos, si te vieran faltar á tu promesa, y que en lugar de entonar preces religiosas expedias órdenes de carcelación y muerte? El clero y la nobleza, que te odian, tomarían pretexto de tus actos severos para exasperar al pueblo y encender la tea de la guerra civil.

—Sí, exclamó Boris con amargura; me odian; y sin embargo, no hace mucho tiempo que me llamaban Boris el piadoso, Boris el amado.

Empiezo á creer que debo á tu influjo este cambio de opinión en mis vasallos.... Tú has estado siempre á mi lado, pronta para sugerirme el crimen y empujarme á él... pronta á acusar á mis mejores amigos, obligándome á alejarlos de mi lado, y dejándome sólo en medio de mi corte como ahora me veo....

(Se continuará.)

Más soluciones á las charadas que aparecieron en el número 3 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Enero por las señoras Doña Regina Castro, de Sevilla; Doña Manuela Díaz, de Tarazona; Doña Fuensanta Alger, de Murcia; Doña Tomasa Ibarra, de Zarazoga, y la siguiente:

De tu charada el todo,
Niña hechicera,
Debe, á lo que yo pienso,
Ser Tomatera.

No te porfio;
Tú dirás si mis cálculos
Son ó no fijos.

Chiclana, Enero de 1877.

JOSÉ GUZMAN CÉLIS.

Soluciones al logogrifo que apareció en el núm. 5 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Febrero, por las se-

ñoras Doña Ana Campománes, de Castuera; Doña Justa Lasagra, de Mondoñedo; Doña Juana Berines, de San Sebastian; Doña Luciana Marin, de Toledo; Doña Consuelo Vildes, de Yecla; Doña Sebastiana Fuentes, de Sorria, y la siguiente

Respirando el aroma de las flores,
Contemplando el jilguero entre el follaje,
Más de una vez estuve con Dolores,
Más de una vez también toqué su encaje.
Cuántas veces en juegos infantiles
Y en las plácidas horas de recreo,
Con esa candidez de diez abríles
Hablábamos de música y solfeo.
Sacábamos charadas, y saltando
Cual dulce mariposa en la pradera,
Que de flores en flores va libando,
Pasábamos la suave primavera.
Yo no puedo apartar de mi memoria
Aquella amiga fiel con quien partía
Las horas de placer, y en quien veía
En su vida la historia de mi historia.
Descompongo su nombre, y veo en él,
Combinando sus letras con cuidado,
Que el logogrifo que manda Don Miguel,
Del nombre de Dolores le ha formado.
En él se encuentra como pranda el ros,
Como metal y como palo el oro,
Mecanismo reló, cantidad dos,
Sensación el dolor, pájaro el loro.
Do y re las notas musicales,
Y la res el desgraciado ser;
Las dos oo y la e las tres vocales,
Y algunos de los verbos ser y oler.
También está Eolo dios del viento;
Y si juntas de un modo ingenioso
Tres letras de su nombre, diran oso,
Fiera que en los montes tiene asiento.
Con esto me figuro he terminado
Recordando el artículo, que es el,
Y por el grato placer que me ha causado
Os doy sinceras gracias, Don Miguel.

FELISA MARTINEZ CARANDE.

Potes, Febrero.

CHARADA.

La primera y cuarta
Cierta medida
Que no está en uso
Acá en Castilla;
Y al propio tiempo,
Estas dos mismas,
Aun otra cosa
Claro designan.
Prima y segunda,
Son infinitas
Aquellas cosas
A que se aplican,
Y si á saberlas
Alguno aspira,
El Diccionario
Se las explica.
De dos y cuarta,
Hay quien afirma,
Ser una parte
Cosa exquisita,
Y necesaria
En las comidas
De régio alcázar
Ó gente rica;
Y si entre ambas
La tertia fijas,
Palabra hebreaica
Las tres publican.
El todo es arma
No muy antigua,
Que forma parte
La más precisa
De cierta frase
Muy admitida
Que usar solemos
Todos los días,
Y que muy pronto
Será sabida
Por las sagaces
É instruidas
Bellas señoras
Y hermosas niñas,
Que mis charadas
Siempre descifran,
Y á las que ofrezco
La más cumplida
Y respetuosa
Fina amistad;
Que aunque caduca,
Aun no delira
Esta mi triste
Ancianidad.

JERÓNIMO COUDER.

16 de Enero 1877.

USOS Y COSTUMBRES SOCIALES.

Cuando una señora recibe una esquila de casamiento de parte de un joven, esto es, cuando ella sólo es amiga del futuro esposo, debe, si es antes de haberse efectuado el enlace, ir á la iglesia y entrar en la sacristía, en donde el recién casado la presentará á su mujer; pero abstenerse de dar ningún otro paso hasta que ambos la hayan visitado.

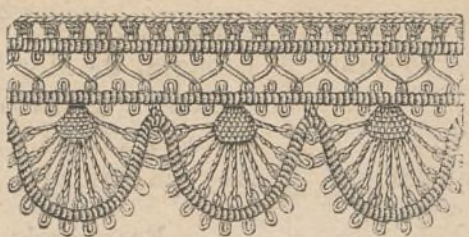
No se convida ni se hacen visitas á dos recién casados, hasta que ellos hayan hecho su visita de boda.

Los recién casados no hacen sus visitas de boda hasta que haya transcurrido el primer mes.

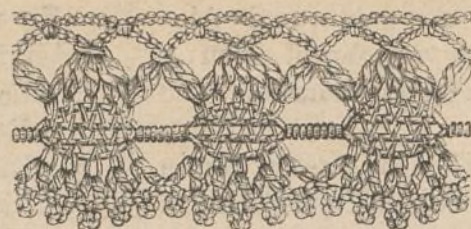
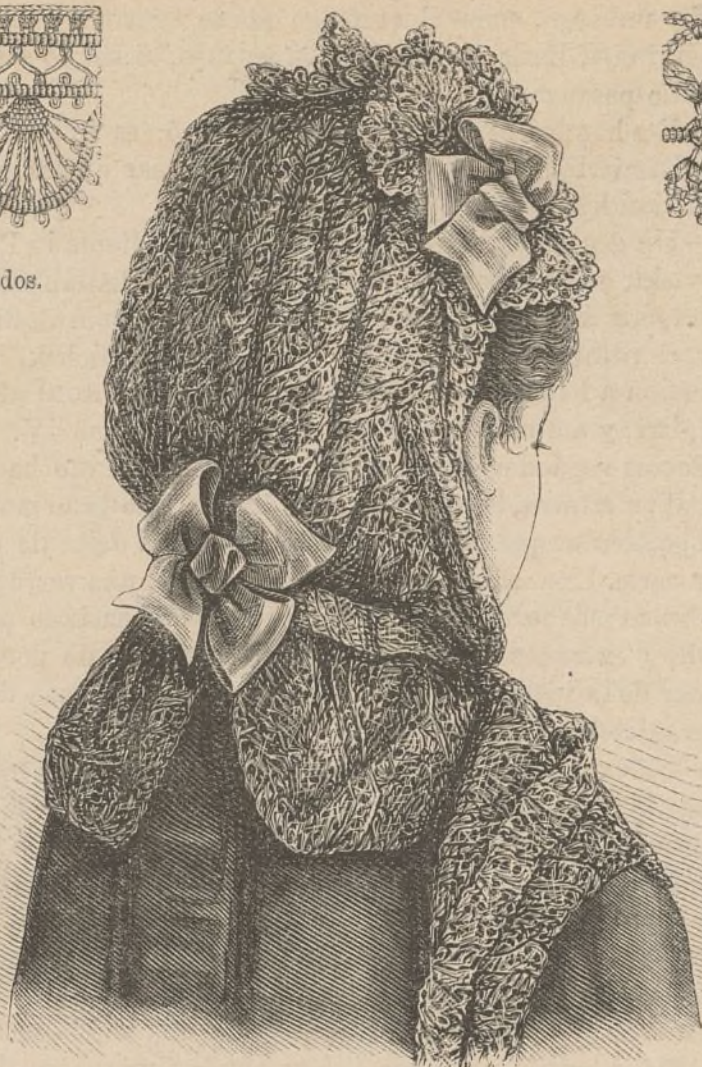
Los caballeros que concurren á un entierro no deben fumar, ni leer, ni hablar de cosas alegres.

Un inferior, de cualquier clase que sea, que necesite visitar á su superior, no debe hacerlo en el día en que éste reciba; retirarse si llegan otras visitas, y de todos modos permanecer allí poco tiempo, á lo sumo un cuarto de hora.

Es siempre una atención delicada que se convierte en imperioso deber, cuando se trata de amigos íntimos ó parientes, ir á visitarlos si acaban de experimentar una pérdida dolorosa y reciente en su familia en ciertos días marcados del año, como por ejemplo, el día del Santo del difunto, el del aniversario de su muerte y el día de Todos los Santos, aunque en



17. Puntilla de trencilla y calados.



18. Puntilla de cinta y crochet.

19. Pañuelo de punto en forma de capucha.



22. Limpia-plumas-gato. (Patron y explicacion: pliego por el derecho, núm. VII, fig. 21.)

pabellon de la oreja izquierda, y en las que, siendo inútiles todos los medicamentos, bastó que se quitaran los pendientes para que sanaran las enfermedades.

Se ha repartido el núm. 4.º de la preciosa revista tipo-autógrafo de educacion y recreo titulada *La Ilustracion de la infancia*, enaltecido el texto con preciosos grabados y bellos artículos. Su excesiva baratura, pues sólo cuesta 6 rs. el trimestre, le hacen muy recomendable á las madres de familia, que á tan poca costa pueden proporcionar solaz y recreo á sus hijos.

EXPLICACION

DEL

Figurin 1.254.

FIG. 1.ª Traje de paseo y visitas. — Vestido de faya gris perla, adornada la falda con volante de cabeza formada por medio de fruncidos. Mantelo de lo mismo, guarnecido con cintas y lazos habana. Paletot largo de siciliana negra, adornado con ancha tira de piel y limosnera de faya negra; este elegante modelo puede copiarse en toda clase de tejidos y guarnecerlo como se quiera. Sombrero gris perla de ala levantada, con cintas habana por dentro y pluma blanca rodeando la copa.

FIG. 2.ª Traje para niña. —



21. Cofia para casa.

Vestido de reps azul guarnecido por abajo con tres biéses. Paletot largo de terciopelo negro guarnecido de piel de renard, lo mismo que el manguito; sombrero Toque, adornado con una tira formada de plumas verdes y guarnecido con una pluma negra.

FIG. 3.ª Traje para señora de respeto. — Vestido de poplin verde, adornada la falda con un volante rizado y encima otro muy ancho dividido en bullones por medio de biéses. Túnica de reps de lana gris oscuro, guarnecida con rico galon bordado, cuyo fondo es verde, completando su adorno botones grises. Mangas interiores bordadas. Velo mantilla de encaje, colocada la punta sobre la frente y anudado graciosamente debajo de la barba.

LA GUIRNALDA.

Fábrica de corsés de madame Grand.
Espos y Mina 11.
Láserada confeccion y suma baratura.

esta solemnidad será mejor ir al cementerio y llevar algunas flores.

Exige hoy la moda que, cuando se hace una visita de cumplido, se deje en la antesala el abrigo, entrando á cuerpo en la sala.

Una señorita soltera, aunque no sea muy joven, no debe enviar su tarjeta á un caballero, viviendo con sus padres, hermanos ó cualquiera otra persona de su familia. Sólo podrá hacerlo cuando sea ama de su casa y su única representante.

Los pendientes de cobre. — En un artículo que ha visto la luz pública en nuestro apreciable colega *El Criterio Médico* se dan á conocer dos casos que prueban lo perjudiciales que son los pendientes de este metal. Tratábase en ambos de niñas que padecían blefaritis, complicada en una con inflamación de la mitad inferior del



23 A 27. TRAJES PARA NIÑOS.

23. Vestido Princesa para niña. (Véase el núm. 26.)

24. Vestido-blusa para niña.

25. Vestido para niño.

26. Espalda del vestido núm. 23.

27. Vestido Princesa cerrado en biés, para niña.

(Patron del vestido Princesa: pliego por el derecho, núm. X, figs. 38 á 42.)

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª y 4.ª Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de 1.ª 2.ª y 4.ª, el pliego de patrones.

Administracion, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Hiedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.

